



**DISCURSO SOBRE LA FELICIDAD
PRONUNCIADO POR M.S. EN LA
SESION SOLEMNE DEL 6 DE AGOSTO DE 1846 EN
LA SOCIEDAD LITERARIA DE POTOSI**

POTOSI NOVIEMBRE 13 DE 1846

N°00012

**Documento custodiado
por la Biblioteca Central**



Jose H. Gutierrez

DISCURSO

SOBRE LA

FELICIDAD

PRONUNCIADO POR M. S. EN LA SESION SOLEMNE

(Mariano Pulas)

del 6 de Agosto de 1846 en la Sociedad
literaria de Potosí.

POTOSI NOVIEMBRE 13 DE 1846.

B
.3
59 d



0012

00012

SEÑORES.

Hai una alhaja perdida en el océano de la vida—la Felicidad. Las mil i mil generaciones que se ha tragado la tumba, la han buscado por todos los caminos, en todos los lugares, dentro i fuera del hombre: los actuales moradores de la tierra la persiguen igualmente; mas las investigaciones de aquellas i de estos han sido tan inútiles, como las que tienden á encontrar el movimiento perpetuo. ¿Sería pues la Felicidad una creacion fantástica de la desgracia? No, por cierto. Hai en el corazon del hombre un sentimiento indefinible i una tan activa tendencia ácia ella, que nos aseguran de que la Felicidad no es un nombre vacío de realidad. Pero ¿adónde se halla escondida? Al hombre que ha penetrado en los senos de la tierra i los mares, reconocido los astros, medido la estension de sus órbitas inmensas, que ha descubierto los misterios de la naturaleza, i apoderádose en fin de la creacion ¿no le será concedido realizar este ensueño encantador de felicidad, que tanto le ajita? ¿Podríamos murmurar del Supremo Criador por habernos dado una sed devoradora de felicidad, que nunca ha de ser satisfecha? Lejos de nosotros tan impía creencia. La Felicidad no es una vana ilusion: nuestra constante fe en ella nos lo dice, i yo intento revelaros su asilo en mi informe i rápido discurso. Vosotros Señores, dignaos prestarme vuestra atencion.

No es mi intento desarrollar, ni someter á una razonada crítica las opiniones de tantos ilustres jenios, que han escrito sobre la felicidad i sucedidos desde Platon hasta Helvetius i Holbach. Esto sería formar un tratado, que por cierto no puedo, ni debo hacer; porque mi estrecha capacidad i mezdiguos conocimientos me dispensan de entrar en lucha con tan insignes varones. Mas hallándome en la necesidad de abrirme camino por medio de sus errores, me atrevo á bollar sus espaldas para colocarme en un punto elevado, donde pueda estender libremente el brazo i señalaros el trono de la Felicidad.



Cuatro grandes móviles de la Felicidad, dice Platon en su apólogo de Crantor, comparecieron un dia en los juegos olimpicos: la RIQUEZA, el DELEITE, la SALUD, i la VIRTUD, pidiendo cada cual para sí como en el juicio de París la manzana. La RIQUEZA dijo: "yo soy el primero de los bienes, porque todos se compran conmigo." El DELEITE refutó fácilmente á su rival, replicándole: ¿cómo se me disputa el premio, puesto que solo para poseerme son codiciadas las riquezas?" La SALUD instó en que le era debida la preeminencia, porque sin ella de nada sirve la riqueza i el placer desaparece." Somióse la VIRTUD de todas estas demandas, i ¿qué lugar, dijo, me concedereis, visto que el hombre que no me posee, puede ser muy infeliz aun con el oro, el deleite i la salud?" Entonces el Presidente de los juegos adjudicó la manzana á la VIRTUD.

Tan ingeniosa fábula está muy lejos de presentarnos la felicidad. Los diversos opusculos que se han escrito en estos cuatro sentidos, son los delirios de la razon, coloridos por las pasiones, ó la pintura de los placeres pasajeros, que el hombre anhela i goza, ó son en fin lecciones de moral para mejorar la condicion desgraciada del hombre, mas no para hacerle el hermoso presente de la Felicidad.

¹ Antes de todo definámosla; despues veremos si ella se presenta bajo alguna de aquellas cuatro apariencias. *La felicidad es el gozo constante é inalterable del corazon: gozo, es decir júbilo, alegría, ó deleite i complacencia, que resulta del bien que se posee, contrario al sentimiento que resulta de la desgracia. Constante é inalterable, porque sin estos caracteres no sería mas que un placer pasajero, al que por lo regular sucede el pesar, el remordimiento i el dolor, que hace al hombre infeliz.* "Los placeres son unas dichas momentáneas, que no producen la continuacion i permanencia necesarias á la felicidad," nos ha dicho Holbach.

Repito que no es mi intento desarrollar, ni someter á un juicio crítico i razonado los cuatro puntos indicados, á los q' á su vez han querido concretar el supremo bien de la felicidad; por consiguiente me ocuparé solo á ver si corresponden á la escala, por decirlo así, de la definicion.

Empezemos por la *riqueza*. Ella, lo mismo que la gloria i los demás bienes de la fortuna, lejos de dar al corazon un gozo puro, le dan el cortejo de los temores é inquietudes, que perturban su deleite: no son constantes é invariables, pues sujetos á los azares de la suerte, i al influjo de los hombres, se ven desaparecer en un momento, dejando en el seno del hombre la amargura... tal vez la desesperacion." No son dice Marco Aurelio, ni la elocuencia, ni los placeres, ni la

riquezas; ni la gloria las que hacen feliz al hombre." Y la experiencia lo confirma con mil i mil ejemplos elocuentes, que llevan consigo la conviccion. Convengamos pues en que la riqueza no constituye la felicidad.

Ocupémonos otro instante del *deleite*, ó de los placeres de los sentidos. Cualesquiera que estos sean, considerados en toda su estension posible, pierden poco à poco su primitiva energia, i traen progresivamente el fastidio, la languidez, la cesacion del gozo i al fin la enfermedad del sentido que ha gozado tanto. Encuentra pues todo placer su término, i el corazon gastado es presa del dolor. Entonces las visiones de una esperanza engañosa halagan el espíritu crédulo del hombre, consumiéndolo por el deleite: este se esfuerza por realizarlas, i cuando al estender la mano para tomarlas se desvanecen, cae en los brazos de la desgracia, que le insulta con los recuerdos de sus pasados placeres, i con la idea de su impotencia para gozarlos de nuevo; i es entonces que la desesperacion, la última furia del inferno, acomete al corazon. Ved pues como los placeres sensuales en vez de brindar la felicidad, son el jérmén de la desgracia. Para que el gozo del placer tubiese el carácter de la felicidad, preciso seria que fuese tan duradero como el hombre, i para ello fuerza sería que él fuese constituido fuerte é indestructible, lo que á pesar nuestro es imposible por las supremas leyes que rigen su naturaleza.

La *salud* parece á primera vista ser el n.º anterior de la felicidad; mas considerense los peligros que cercan al hombre por robusto y bien constituido que sea, al hombre espuesto al choque de los elementos, y á los azares de la vida; i se verá que le será casi imposible conservar inalterable su salud. Aun suponiendo al hombre en posesion de una constante salud, no puede ser feliz; porque quanto mas sano y robusto sea, cierta clase de necesidades y pasiones serán mas vehementes en él, que en los débiles ó enfermos, y si carece de los medios de satisfacerlas ó de apacigar sus estímulos, será mas desgraciado que estos otros lo serian en igual caso. Pero quiero aun suponer un hombre que á una constante salud reuna poder, riqueza, saber, virtud, i goces, lo que reputo imposible, aun así le encontraremos desgraciado. Por que ¿quién puede asegurarle el gozo constante é inalterable de tan preciosos bienes? ¿Quién defenderle de los tiros de la envidia, que su ventura engendre? ¿Quién moderar la carcoma de la ambicion, que quanto mas satisfecha se irrita mas? ¿Quién tornar en placer el dolor consiguiente a la muerte de un padre, una esposa, un hijo ó un amigo? ¿Quién privarle del sentimiento que sufre por una injusticia de los

malvados? El es hombre, i el corazon del hombre quanto mas robusto, venturoso y de virtud siente mas intensamente estas heridas inevitables. Ved pues al hombre, que aun en posesion de quanto puede anhelar, no será feliz.

Me resta ecsaminar la *virtud*, premiada en el apólogo, como el único móvil de la felicidad. El Baron de Holvach, como todos los moralistas ha dicho: "En sí mismo debe el hombre establecer una felicidad inalterable, i la virtud sola puede producir a en él. Mas por lo poco que he dicho antes con relacion á la salud, me creo dispensado de refutar esta opinion; pues llevando mis reflexiones hasta el punto de considerar al hombre, robusto, rico, poderoso, adornado de saber i virtud, no le he encontrado feliz. Quanto menos lo será pues, siendo virtuoso aisladamente? Yo me persuado que los moralistas al presentarnos la virtud como el constitutivo de la felicidad, no han tenido otro objeto, que enseñarnos el medio de padecer menos. I ciertamente que el virtuoso encuentra en su virtud el consuelo de las amarguras que trae consigo el vivir rodeado de la calumnia, la envidia, la injusticia y demás azares que amenazan al hombre en general. De suerte que podemos concluir con Maupertuis: que la Felicidad posible en la vida es la suma de bienes, que restan, descontados los males.

De todo lo dicho concluyo, que es imposible al hombre, atendidas su organizacion i sus pasiones, el capricho de la suerte é influjo de sus semejantes y de los elementos, que conspiran á hacerle sentir el dolor, que pueda mientras vive sentir el gozo constante é inalterable del corazon, es decir, la Felicidad. Demostracion desconsolante por cierto que arrebatá al hombre la ilusion mas dulce de la vida, el objeto donde tienden todas sus aspiraciones, i que desesperaría su corazon, si una voz misteriosa no le asegurase que hai una felicidad que no conoce. Mas dónde se encuentra? me direis acaso, i yo respondeé con un poeta contemporáneo.

Miseros humanos,

En bienes mundanos

Hallar no os es dado la Felicidad:

Secreto un misterio

Nos dice: el IMPERIO

Del bien que anhelamos, es la eternidad.

Sí, Señores: es allí solo, donde se encuentra un gozo constante é inalterable: la fé, la religion nos lo enseña, i la razon nos lo prueba. El criador de la naturaleza nada ha criado sin objeto; nos ha dado una sed de felicidad; no se

la puede satisfacer en la tierra, luego será en la eternidad i si no ¿que quiere decir aquel vacío incolmable que hay en el corazon del hombre por mas feliz que se le consiera. I como pregunta el mismo poeta:

¿Qué corazon es el nuestro?
 ¿Qué misterio, arcano, abismo
 Es este que entro sí mismo
 No puede el hombre sondar?
 ¿Cuàndo su hondura se llena?
 ¿Còmo es que nada le sacia?
 ¿Por qué con tanta eficacia
 Nos pide mas sin cesar?

Todo pues asegura que la Felicidad no está en la tierra, sino en la eternidad.

Ahora, señores, permitidme epilogar mi discurso en un delirio, que lei en mis primeros juveniles años. Decia así: Era yo desgraciado, cuando escuché la voz de la inspiracion: la obedecí, i me decidí á ser hombre, á combatir con el infortunio para conquistar la felicidad. Luché con la pobreza, triunfé de ella, me hice dueño de riquezas i no era feliz. Me apoderé del saber de los hombres, creia comprenderlo todo i no supe ser feliz. La gloria me sedajo con la brillante aureola que orna su sien, i presidí los destinos de mi patria; la hice rica, poderosa i fuerte: sojuzgué el septentrion i mediodia del antiguo imperio de los Incas: apuré la copa de los placeres, gocé de cuanto anhela el corazon ambicioso; empero habia intervalos en mi ventura, emponzoñados por el pesar, en que me hablaba la conciencia de mi desgracia. Descendí del trono de los reyes al último asiento del ciudadano en pos siempre de la felicidad: hice el bien posible, limité mi ambicion á conservarme, à regalar á los hombres el fruto de mi esperiencia, i es entonces que la calumnia, el desprecio, la ingratitud i la injusticia llenaron de amargura el corazon. Cansado en fin de buscar la felicidad sin haberla encontrado jamas, me hallé en el desierto de la vida à la sombra de las ruinas de mis pasadas glorias.— Un ay! histérico hirió mi oido estremeció mi corazon: volví los ojos... era el espectro de la desgracia, mi eterno compañero, de aspecto indescriptiblemente horroroso, que reposaba á mi lado. Un esfuerzo me salvó del abrazo á que se apercibia; huí de el con la velocidad de la liebre, i yo sentí en pos mio su carrera: percibi à lo lejos entre rosas i jazmines una vision celestial, i era la felicidad; me dirijí á apoderarme de ella por sorpresa: vióme, huyó de mí: yo la seguia i la desgracia á mí: infatigables en nuestra carrera todos tres pasamos un trópico, el ecuador, el otro trópico, i al ir yo á tocar la felicidad i la desgracia à apoderarse de mí, faltó la tierra á nuestros pies, i todos tres nos hundimos en el abismo de la eternidad.